

XVI.

Bueso.

Y así era la verdad.

Dos días después un caballero correctamente vestido, luciendo dos diamantes en el dedo anular de la mano izquierda, la cual por ende no cesaba de acariciar los vigotes, se presentó en la redacción, y encarándose con Sabás sin quitarse el sombrero, preguntó en tono familiar y de confianza.

—¿Y Pablito?

—No baja todavía, contestó Carrasco, poniéndose en pie respetuosamente.

—Bueno, bueno; le esperaré unos minutos no más, porque tengo que ir á ver al Ministro de Fomento.

Echóse el flexible bastoncillo al hombro, nos dirigió á Pepe y á mí una mirada tranquila é indiferente, y silbando suavemente el brindis de *Traviata*, fué dando con lentitud una vuelta al derredor de la mesa, de la cual tomaba un periódico, una cuartilla acabada de escribir, una prueba de la imprenta; pasaba la vista por el papel, y en seguida le dejaba por cualquiera parte, como si nada le llamara la atención, y sobre todo, como si estuviera en su casa.

—¿Quién es éste? pregunté á Pepe en un momento oportuno.

Miróme el estudiante con extrañeza y me contestó:

—¡Quién ha de ser! Bueso.

Lo mismo daba para mí. ¿Y quién era ese Bueso, al cual había obligación de conocer?

Á la vista era un hombre de recia complexión, bien distribuido de partes, ancha frente, mirada audaz, por imperturbable y tranquila, bigote y piocha largos y de ese color negro verdoso uniforme que da la tinte por afamada que sea. Mentía unos cuarenta años, que bien podían ser cincuenta.

Su vestido era irreprochable, por la tela, el corte y la limpieza, y sobre el chaleco oscuro resaltaba brillando una gruesa cadena de oro, de grandes eslabones, y con tres dijes de mucho gusto, que se agitaban á cada movimiento del cuerpo. Por donde colegí que el tal Bueso debía de ser personaje de mucha cuenta y tos ronca. Colocóse después frente al cuadro estadístico, echó atrás el sombrero flamante de seda, y con el bastoncillo bajo el brazo y las manos en las bolsas, permaneció breve rato, levantando el cuerpo sobre las puntas de los pies, y golpeando el suelo con los tacones al compás de un aire de *Linda* que silbaba. Después se volvió á Pepe.

—¿Á qué hora llega Javier á la redacción? preguntó.

—Á la que quiere, contestó Pepe, sin quitar los ojos del periódico que leía.

Pensé que Bueso iba á irritarse; pero no fué así. Quedóse mirando al estudiante, ni más ni menos que si fuera el cuadro estadístico, y repitió el aire de *Linda*, llevando el compás con los tacones. Después se en-

caró conmigo, examinándome de pies á cabeza, y ya abría lo boca para decirme algo, cuando entró Escorroza. El cual no bien le miró, se quitó el sombrero y le llevó hasta las rodillas, con ademán de respeto, en tanto que ponía en su semblante el gesto más cariñoso que sabía hacer. Estrecháronse las manos y se cambiaron frases de afectuoso saludo; Escorroza exageradamente fino y cortés; Bueso imperturbable, tranquilo, superior.

—Tengo que hablar con.....

—Pablito, dijo completando Don Javier.

—Me han encomendado un negocio.....

—Importante, sí señor; importante ha de ser cuando Vd. se toma la molestia de venir por acá.

—Ciertamente; ahora mismo tengo que ir al Ministerio.....

—De Justicia.

—No, señor, el de.....

—Guerra.

—Fomento. Me llama el Ministro. ¡Como hace tres días que no voy!

—¡Tres días! ¡Qué atrocidad! Pues avisaré á Pablito, si Vd. gusta.

—Bueno; avísele. Pero antes, una palabra por aquí afuera.

Salieron, y mientras hablaban, paseándose en el corredor, dijo á Pepe:

—Pues no conozco al tal Bueso. ¿Quién es?

—Nadie, me contestó el estudiante con un gesto adecuadísimo á la palabra. Bueso no es ninguno. Si es algo, nadie sabe qué; ni siquiera él mismo. Todo el mundo le conoce, es vergonzoso no conocerle, y sin embargo, nada tiene que le haga notable. No tiene rentas y vive como príncipe. Arregla negocios en los tribunales, sin ser abogado; compra caballos y los vende también; tiene carruajes, criados, clientes que le fian los negocios de cierta clase, y amigos que le quieren de cierto modo. Tiene franca entrada en algunos Ministerios, y lo mismo se encarga de obtener una subvención, que de sacar una licencia del Gobierno del Distrito. Asiste á todos los banquetes políticos, tiene entrada y es recibido como compañero en los círculos más incompatibles; habla á todo el mundo por su nombre de pila, en demostración de confianza y familiaridad;

se mete en todas partes, juega, debe y trampea; todo con desparpajo, tranquilo, imperturbable, sin un gesto. Por lo dicho comprenderá Vd. que es personaje importante, y cómo todos le temen y procuran tenerle propicio. Es hombre de recursos é invenciones tan singulares, que figura como presidente de una sociedad de obreros que no existe, y en cada fiesta nacional, recluta socios á dos reales por barba, para que lleven en procesión por las calles el estandarte de la imaginaria sociedad. ¿Para qué? Vaya Vd. á preguntárselo, pues sólo él lo sabe.

Pasó una media hora. Bueso y Escorroza que habían subido á las habitaciones de Albar, volvieron á la redacción; el primero silbando, el segundo cabizbajo y con el ceño fruncido.

—Bueno, dijo aquel; Pablito está encajado y no hay remedio.

—Yo lo siento muchísimo....., balbuceó Escorroza.

—No; todo se arregla con que venga el General. Para mí habría sido mejor desde luego; pero Pablito ve su interés y tiene ra-

UNIVERSIDAD
11
BIBLIOTECA
"ALFONSO RIVERO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

zón: más le conviene comprometer al General personalmente. Bueno, bueno; á las doce estoy de vuelta.

Aquellas palabras me inquietaron, porque para mí no había en el mundo más general que Don Mateo, y la misma desazón que sentía, me hizo cargar la mano en el segundo artículo que escribía yo con el título de *Un cambio de Gobierno*, con tal pesadez, que casi resultaba virulento contra los actuales ministros. El primero me había producido un elogio de Albar y al periódico un aumento de ciento veinte ejemplares en la venta.

Albar bajó á la redacción y acercándose á mí, fué tomando una por una las cuartillas frescas aún. Estaba satisfecho, casi maravillado.

—Muy bien, me dijo; esto va á causar sensación, y á levantar más el nombre de Vd. ¡Apriete sin temor!

Á las doce me hizo subir á su escritorio, no sin sentir yo un sobresalto extraño, como presintiendo el peligro.

—Voy á necesitar que Vd. se encargue

de un asunto, me dijo, porque este Escorroza no sirve en ciertos casos. Además, sé que es Vd. del Estado de X, y supongo que conocerá sus hombres, su historia, sus elementos mejor que nadie en la redacción.

—Así lo creo, respondí temblando.

—Así es, afirmó Albar. Va Vd. á poner especial esmero en los artículos que escriba sobre el negocio á que me refiero; porque es para mí de importancia, y lo confío á la pluma de Vd., porque es también la mejor en la redacción.

—Favor de Vd.....

—No, no; es justicia.

—Y ese asunto.....

—Dentro de un momento, un momentito, va Vd. á conocerle.

Grande debía de ser el interés del Director, cuando estaba tan fino y cortés conmigo. Su oscura piel se plegaba con más violencia, y una sonrisa forzada contraía sin cesar sus labios, separando más uno de otro los dos lados del bigote de raza pura indígena.

Oímos sonar en el patio las pisadas de

varias personas. Mis sospechas habían crecido con las palabras de Albar, mis temores aumentaban y el ruido aquel puso en mí tal turbación, que hube de levantarme del sofá para disimularla.

Contra todo mi esfuerzo por conservarme tranquilo, sentí que me puse pálido cuando Don Mateo entró en el escritorio acompañado de Bueso y de Escorroza, y como por instinto, obedeciendo á irreflexivo deseo, dí dos pasos atrás, y aparenté distraerme con algo que había sobre la mesa.

Don Mateo saludó á Albar toscamente con burdas cortesías, é imitado por éste, pasó con Bueso á una pieza contigua. Al pasar junto á mí, noté que el General me miró, y vaciló un momento como queriendo detenerse. Albar, que pasó el último hizo á Escorroza un ademán indicándole que podía retirarse, y cuando éste me le repetía á su vez, Albar me dijo brevemente:

—Espere Vd. aquí. Yo le llamaré.

Escorroza salió lanzándome una mirada de odio terrible, que en algo compensó mis zozobras, por la satisfacción vanidosa que

me causó; pero bien pronto comprendí, con oír las primeras frases cambiadas entre los tres hombre de la pieza inmediata, que Pepe había acertado al decirme que tenía yo perdido el pleito. Debí huir de aquel lugar al sentirme tan completamente derrotado, al comprender el asunto y la trascendencia que para mí tenía; pero no sé que angustioso afán de llegar hasta el fin, me mantuvo como atado al sillón en que me senté para estar cerca de la puerta.

Don Mateo quiso al principio abordar el negocio; pero su torpe encogimiento de pueblo, oponiéndose á la franqueza en materia tan espinosa, le ataba la lengua más de lo ordinario y fué menester que Bueso tomara la palabra en su nombre.

Su voz tranquila, uniforme y monótona, sonó durante algunos minutos; para él no había asunto difícil de exponer, ni necesidad de circunloquios para expresar las ideas más mortificantes. El General había visto con extrañeza un párrafo de *El Cuarto Poder* que reclamaba pruebas para creer lo que *El Lábaro* contaba de su persona; y la extrañeza na-

cía sobre todo, de que Albar le había tenido antes por amigo, aunque sólo por cartas habían llevado relaciones. Todo lo que decía *El Lábaro* y mucho más era cierto, y de ello eran testigos millares de personas que conocían al General como á sus manos. Podía probarlo ¡vaya si podía! con documentos emanados del Gobierno del Estado y del Federal; con los periódicos de diversas épocas que conservaba en su poder; con esto y con aquello.....

¿Pero para qué? Albar no podía dudar de un caballero, y lo que importaba era que el ilustrado Director reconociera en el General un buen amigo, y lejos de sembrar la duda respecto de sus gloriosos antecedentes, procurara, como buen amigo, que fueran bien conocidos, apreciados y recompensados con el aplauso á que un hombre tan distinguido como el General era acreedor. Ya él se sabía que esto ocasionaba fuertes gastos; pero eso no era un obstáculo.....

Albar interrumpió á Bueso al llegar á este estrecho paso, con uno como gruñido que no decía ni sí ni no. No había que tratar de

eso, no señor. Aquel maldito párrafo se había *deslizado* en el periódico sin conocimiento del Director; pero luego que le notó, determinó poner el remedio; el cual consistía en publicar la biografía completa del señor General, asegurando que había sido escrita con vista de documentos fehacientes, y aun se pondría en el periódico el retrato del señor General, si tenía la bondad de proporcionar una fotografía.

Por delante de mis ojos pasaban nubes sangrientas que me cegaban; temblaban convulsamente mis miembros; con los dedos crispados estrujaba yo los brazos del sillón, hincando las uñas en la fina piel del mueble. En medio de la embriaguez de la ira y el despecho, apenas pudieron herir mis oídos algunas palabras relativas á treinta suscripciones que desde el siguiente día iban á mandarse á Don Mateo para que las remitiera á sus amigos del Estado. Bueso aseguró que esto era importantísimo para el General; porque el General era hombre de gran porvenir político, que debía por ende, moverse con actividad y tino, para aumentar su pres-

tigio y propagar su renombre por todas partes.

Clavado en el sillón, aquella escena me parecía, por momentos, grosera ficción de pesadilla cruel é inverosímil. Estaba yo sudando y sofocado.

De repente la puerta se abrió, los tres personajes de la comedia pasaron al escritorio, y ya en pie y tratando de reponerme, oí á Albar que dijo señalándome:

—Aquí tiene vd. la primera pluma de la redacción. Este joven se encargará de escribir todo lo relativo á vd.

Don Mateo y yo nos encaramos, cambiando una mirada de rencor profundo; aquel rencor amasado con la pasión del amor más puro, como el lodo se amasa con el agua de los cielos.

No supe qué decir, de tanto como quería; pero Don Mateo, incapaz de dominarse, dijo groseramente:

—¿Este amigo va á escribir? ¿Y qué sabe éste?

Y lleno de coraje me volvió las espaldas, afectando desprecio.

—Sé más de lo que á vd. le conviene para escribir su biografía, répliqué coléricamente; pero declaro al Sr. Albar que mi pluma no se empleará jamás en servicio de un hombre como vd.!

Don Mateo hizo ademán de echarse sobre mí y yo el de tomar un busto de bronce.

Albar se puso de un brinco entre los dos.

—¡Qué es esto! gritó espantado.

—Es vd. un títere desgraciado, rugió Don Mateo, enseñándome los puños por encima de la cabeza de Albar. Cuando le encuentre en la calle le voy á arrancar las orejas.

—¡Veremos! le contesté.

—¡Mocoso infeliz!

—¡Basta! gritó Albar con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Qué sucede aquí?

—Sr. Albar, dije yo; ya lo ha oído vd.: yo no puedo escribir nada respecto á este hombre; nada, ni una palabra.

—Ni yo quiero que éste escriba, gruñó Don Mateo sofocado por la cólera; no lo consiento.

—Pues no escribirá, dijo Albar; y basta de pleito.

Bueso estaba frente á mí, con su semblante tranquilo, las manos en las bolsas, mirándome de hito en hito, con aire de curiosidad.

— Eso es, dijo, completando el pensamiento de Don Pablo. Que escriba Javier.

Escorroza, al ruido de las voces, había subido y llegaba á la puerta.

— Así se hará, contestó el Director; puesto que Quiñones se niega y el General no lo consiente, Escorroza se encargará de escribir todo lo relativo.....

— ¿Al señor General? ¡Con muchísimo gusto! adelantó Don Javier.

— Y lo hará mejor, dijo Bueso.

Don Mateo me miró con aire de triunfo y mofa.

— El señor Director, dije yo, conteniéndome con dificultad; puede ordenar lo que mejor le parezca; pero debo advertirle que desde el instante en que el periódico publique el más corto elogio de este hombre, me retiro de la redacción.

Y sin saludar, con los puños cerrados y apretando los dientes salí del escritorio. To-

avía en el corredor oí las voces de Cabezudo, Bueso y Escorroza, que decían á la vez:

— ¡Canasto! Este títere.....

— Eche vd. á este grosero.

— ¡Cómo consenté vd.....!

El rumor de las voces exaltadas llegaba hasta la redacción. Pepe y Carrasco me preguntaron lo ocurrido; pero yo me limité á alzar los hombros y los dos callaron discretamente.

Media hora duró todavía el rumor que venía del escritorio. Al cabo de este tiempo sonaron en el patio los pasos de los tres hombres y sus voces todavía acaloradas, y cuando pasaban por el zaguán oí que decían:

— ¡Sobre que Pablito cree que este muchacho es una gran cosa!

— ¡Canasto, recanasto! ¡Esta sí que no se la perdono!

El orgullo sublimado, el rencor satisfecho, la vanidad complacida y exaltada, me pusieron á punto de ahogarme, y tuve que ponerme de pie para poder respirar. Pepe y Sabás me miraron sorprendidos, y yo, contraí-

do y descompuesto el semblante por nerviosa sonrisa, dije con insensato orgullo, arrojando la pluma sobre la mesa:

—¡Esa pluma vale más de lo que muchos se imaginan!

XVII.**Á solas.**

PASARON algunas horas, y la meditación, la soledad, el aislamiento en mi cuarto, quitaron á la pasión el brío, y á la vanidad sus oropeles. Entonces pensé en lo que había sido siempre el móvil de mis acciones, el fin de mis esfuerzos, el término á que todos mis sacrificios y afanes se encaminaban: Remedios. Al evocar su recuerdo, me estremecí, sentí que se nublaron mis ojos, y tuve que cerrarlos un breve espacio, como para no ver la densa nube que pasaba sobre mi frente.

Y cuando los tuve cerrados, temí abrirlos por no ver en las paredes y muebles de mi